

Cuadernos del Sur

Número 15 ■ ABRIL de 1993



fernando hugo azcurra

EE.UU: LA DECADENCIA DEL LIDERAZGO INDUSTRIAL

Cuando se intenta considerar la situación de conjunto de la sociedad norteamericana en la actualidad desde una perspectiva socio-política, es casi obligado comprobar una profunda fractura en las alianzas de clase y políticas establecidas decenios antes y en particular de aquellas que arrancaron con un gran pragmatismo y una visión integradora de la administración Rooseveltiana de los años 30.

Tal bloque social y políticas globales se extendieron, aun con diferencias de estilo y medidas económicas, a lo largo de más 35 años, pasando claro está la etapa de la segunda guerra y el esfuerzo sucedáneo para la reconstrucción del capitalismo occidental.

Así y con variantes el modelo del New-Deal se propagó bajo las sucesivas administraciones abarcando los sectores medios, la clase obrera y las burguesías comercial e industrial, en la búsqueda de plasmar en corto tiempo el "sueño americano" de poder y bienestar ilimitados.

La década del 70, no obstante, se abrió con hechos económicos y políticos impensables poco tiempo antes: devaluación del dólar en 1971, derrota militar en Viet-Nam, crisis petrolera y manipulación de los exportadores de petróleo que provocaron un alza descomunal en el precio del mismo, etc.

El *welfare-state*, la alianza social que implicaba y las políticas integradoras practicadas por ambos partidos, pero sobre todo por el demócrata, comenzaron a hacer agua, hasta desembocar diez años más tarde en una fuerte crisis económico social y una conflictividad entre partidos políticos y teóricos, que las administraciones republicanas no han hecho más que ir acentuando la polarización y disgregación social hasta llegar a hoy en que el nuevo presidente Clinton y su elenco neoliberal apuntan a retomar aquella antigua política que sin embargo no pareciera tener una sólida base real como para augurar nuevos y mejores tiempos.

Orígenes e inicios de la decadencia

Hacia fines de la década de los '60 los EE.UU. comenzaron a experimentar una serie de fenómenos económicos que afectarían su tasa de crecimiento en el largo plazo y que lejos estaban de considerar como amenazantes de su poderío industrial y de su dominio político en el occidente capitalista.

La ampliación, en esos años, de los gastos gubernamentales en programas sociales y la aún mayor expansión de los gastos militares por la agresión a Viet-Nam, junto con el aumento espectacular, ya en los comienzos de los 70, de los precios del petróleo, provocaron un fuerte shock inflacionario. Duraría no menos de diez años el intento de controlarlo sin tener finalmente éxito total. Pero además aparecerían algunos problemas un tanto inesperados: aquellos derivados de la competencia en el mercado mundial con la C.E.E. y Japón.

La tradicional sabiduría académica sobre que la política económica de origen keynesiano no era otra cosa que dar con la sensata transacción entre desempleo e inflación comenzaba a revelarse como impotente ya que ambas variables manifestaban una tendencia a incrementarse simultáneamente.

Y mirado un tanto en profundidad por esa época existían ya indicios de orden estructural en la economía norteamericana que daban señales de estancamiento en el mediano plazo del cual no podrían salir rápidamente ni, mucho menos, fácilmente.

Las extraordinarias ventajas competitivas que los EE.UU. habían logrado luego de la segunda posguerra traducidas básicamente en una enorme capacidad de acumulación y reproducción del capital tanto en lo interno como en lo externo daban la sensación de un desarrollo sólido e ininterrumpido, además de inalcanzable por otros competidores.

La economía de los EE.UU. eran el mayor mercado mundial considerado tanto productivamente como de consumo; habían perfeccionado sus sistemas de organización del trabajo en la producción masiva de productos variados y de alta calidad; en el ámbito de la tecnología las empresas norteamericanas no tenían ningún tipo de competencia que significara algún riesgo así fuera mínimo; y todo el proceso productivo y de servicios contaba con una mano de obra altamente educada y calificada; competente y moderna para los manejos de los negocios, lo que posibilitaba que su economía fuera de una gran capacidad de ahorro y de una más elevada capacidad de inversión, determinando así altos niveles de ocupación y del nivel de vida de su población mayoritaria.

Como a veces se suele leer en la literatura económica, el mismo éxito de su desarrollo fue lo que paulatinamente minó las posibilidades hacia fines de los 60 comienzos de los 70.

La gran magnitud de las inversiones en equipo fijo y la necesidad de largos plazos de retorno del capital fueron los que impasiblemente conformaron una situación de inercia tecnológica y de retraso en las innovaciones, precisamente cuando estas innovaciones son las que acortan significativamente los plazos de retorno y permiten un aumento de la productividad. Saturados por las formas monopolistas de dominio, los mercados de productos fueron haciendo lentamente que las empresas y corporaciones perdieran su dinamismo e insistieran mucho más en la manipulación de los precios que en el aumento de la productividad y la mejora de los procedimientos productivos. Si a esto se le añade una política macroeconómica de gastos militares crecientes y un gran desarrollo del capital ficticio que es improductivo por definición, es sencillo ver como todo confluyó en un poderoso ralentizador de la potencia económica de los EE.UU ante el avance cada vez más agresivo de sus más acérrimos competidores: la C.E.E. y el Japón.

Fue esta situación estructural, definida en grandes trazos, la que encontrará Reagan a inicios de los '80 cuando accede a la presidencia y sobre la cual operaría con lo que se conoce como un renacimiento de las políticas económicas neoliberales¹ por oposición a las formas keynesianas que se habían implementado en la década anterior.

La administración reaganiana

Cuando Reagan asume la presidencia de los EE.UU. a inicios de los '80, la economía norteamericana padecía tasas de inflación notablemente altas, como también altas tasas de desempleo y un gran deterioro en el proceso de inversión. El cuadro de fondo en relación con sus competidores mundiales; un voluminoso incremento de las importaciones industriales y de tecnología moderna que eran apetecidas por los consumidores e inversores estadounidenses; enormes déficits, por tanto, en la balanza comercial, que sumado al desplazamiento de capitales hacia el exterior bajo la forma de empréstitos superiores a la entrada de los mismos hacia el mercado interno fueron determinando persistentes y crecientes balanzas de pagos deficitarias; el surgimiento abrupto de enteras regiones industriales en decadencia, cuando no en el abandono total, que redundó en un ostensible aumento del desempleo estructural y un descenso global del nivel de vida de la clase obrera norteamericana sumó un cuadro preocupante que demandó la atención mundial.

Reagan se dispuso a enfrentar el problema de la economía y la sociedad norteamericana de una manera contundente y sin cortapisas contra aquellos que según él se oponían a un relanzamiento del liderazgo estadounidense en el mundo y de las fronteras para adentro. Diseñó, pues, una política

económica que apuntó (y lo hizo) a bajar impuestos a las grandes corporaciones con el declarado propósito de obtener un estímulo de la acumulación de capital; simultáneamente atacó a la clase obrera mediante el debilitamiento, o incluso la eliminación directa, de reglamentaciones sindicales y de modo indirecto por medio de una brusca reducción de los gastos gubernamentales en asistencia social y educación, todo atado a una política de deliberado aumento en los gastos de defensa hasta el punto de plantear la famosa "guerra de las galaxias".

La administración de Reagan acompañó esto con una difusión y defensa ideológico de la desregulación de los mercados, la libre iniciativa y actividad sin restricciones del capital privado, que eran las supuestas marcas indelebles de un neoliberalismo económico apoyado en la más plena libertad de mercado que estarían en condiciones de realizar una óptima asignación de los recursos llevando a una mayor eficiencia económica y a una suba de la productividad del trabajo en relación con sus rivales, y dejaría atrás las tradicionales políticas keynesianas de fomento del consumo e intervención del Estado en la economía.

La política monetaria que se practicó de carácter restrictivo y las altas tasas de interés empujaron la economía norteamericana hacia una grave recesión y consiguientemente a una vuelta de tuerca de los enormes déficits que lejos de disminuir crecieron casi descontroladamente. Afectada la demanda de consumo; bloqueada la inversión; disminuida la capacidad de ahorro que es la que permite que en tiempos normales sea aprovechada por la inversión en equipo fijo, maquinaria y construcciones inmobiliarias; estimulado el auge de la especulación bursátil y financiera; el crecimiento de la economía en el mediano plazo se vio en definitiva seriamente resentido y finalmente se fue traduciendo en un menor nivel de vida de la clase media y en menores oportunidades para el capital reproductivo. Eran los resultados tangibles de la economía *supply-sider*, es decir del lado de la oferta que tanto habían pregonado los economistas conservadores al estilo de Arthur Laffer.

El resultado final a lo largo de los dos períodos del gobierno de Reagan y su continuidad con Bush, no fue otra cosa que un agravamiento de todas las tendencias negativas que venían de las décadas anteriores y visto de cerca no hubo nada en las administraciones republicanas últimas de antikeynesiano en pro de un pretendido neoliberalismo antikeynes.

Más aun, con la perspicacia que les es habitual, John Kenneth Galbrait pudo afirmar rotundamente que "Keynes nunca estuvo eclipsado". La década del '80 fue un período extremadamente keynesiano de la economía norteamericana, en el que el gran déficit público se utilizó para financiar el desarrollo armamentista. Es un ejemplo clásico de la utilización keynesiana del financiamiento del déficit para sostener la economía. La idea de que

Keynes fue abandonado en los 80 es un típico error de quienes confunden la retórica de la libre empresa con la realidad de un masivo gasto deficitario. De lo que ahora se habla es de usar el apoyo gubernamental no para las armas sino para los bienes civiles. Pero esto no altera la situación fundamental" ("Global Viewpoint" Nueva York, 28-11-92).

De modo que en rigor habría que hablar más bien de una modalidad específica de intervención keynesiana del Estado en relación con la política fiscal y social, que se tradujo en una mayúscula transferencia de recursos por medio de la primera hacia las franjas más ricas de la población norteamericana y en un deterioro de sus ingresos y de su calidad de vida para el resto. Hubo, pues, un divorcio entre la retórica y la realidad, es decir, entre la actitud ideológica y los hechos consumados de la política económica, entre la posición económica real y la posición política, liberal-keynesiana una, reaccionaria, conservadora, autoritaria y declamatoria la otra.

La *reaganomics* que fue un intento de responder a la declinación económica norteamericana se resolvió como una política de la élite gran burguesa financiera que atacó las conquistas y posiciones de los trabajadores logradas a partir de los años 40-50, y no pudo detener el descenso de la posición industrial que ya es una involución histórica de orden mayor para los EE.UU.

Los que se han llamado los costos de la hegemonía yanqui, comenzaban a hacer sentir su peso en el imperio: el dólar que se había constituido en la divisa mundial fue alterando su valor hacia el alza lo que descolocaba a los productos norteamericanos; la función de guardián militar del mundo capitalista para enfrentar al oso Ruso, le significaba dedicar una proporción mayor de su producto en armamento y logística de alta sofisticación que sus rivales capitalistas no estaban obligados a hacerlo; el presupuesto se fue cargando año tras año de subsidios tributarios, y préstamos de garantía a las compañías; y finalmente la capacidad y rapacidad de los capitalistas norteamericanos para hacer del lucro financiero su principal actividad en detrimento de aquellas transformadoras de la industria, tuvieron un efecto crucial en el deterioro del liderazgo norteamericano.

Reacción actual contra la decadencia

Hacia la segunda mitad de este siglo, en particular a partir de los esfuerzos económicos que implicaban la restauración de Europa luego de la 2da. Guerra Mundial, los EE.UU. se constituyeron en el gran promotor del desarrollo económico de occidente; fue la gran locomotora que arrastró al capitalismo en su conjunto hacia una recuperación productiva. Bajo el paraguas protector del desarrollo atómico y militar de los EE.UU. la C.E.E.

y el Japón fueron las áreas económicas que en las décadas siguientes, reaccionaron creciendo a expensas de ellos si puede decirse.

EE.UU. que definió las reglas de juego de las relaciones económicas mundiales hasta hoy, ha perdido la delantera y se enfrenta desde una posición no inferior a la de sus rivales pero si debilitada.

El hecho de que la gran burguesía norteamericana, arrogante y confiada tanto en sus éxitos económicos como en las tropelías políticas de todo cuño, se durmiera sobre sus lauros, es más el resultado de su propia posición hegemónica y sus contradicciones intrínsecas que una pérdida de voluntad personal de sus empresarios para la lucha y la innovación como pretende el liberalismo y es ahora, cuando sus rivales la han alcanzado y en algunas ramas de gran importancia económica la han sobrepasado, que toman conciencia de esta desagradable realidad.

A inicios de los 90 el clamor levantado desde los estratos académicos y desde los niveles industriales más golpeados ha llevado a la necesidad de una toma de conciencia de que la situación norteamericana es de una gravedad estratégica y no se debe sólo a inepticias o incapacidades de personas o administraciones, y que debe apuntarse a buscar respuestas de orden estructural y de largo plazo, en sus propias bases productivas y en el comportamiento de su élite dirigente política tanto como en las fracciones financiero-industriales del gran capital.

Para este proceso de autoconciencia de sus fuerzas y limitaciones comienza por detenerse en el trazado de un cuidadoso diagnóstico sobre el estado de algunas de sus principales industrias productivas tanto en el mercado interno como mundial, y que son reconocidas unánimemente como las más afectadas de manera decisiva ya desde mediados de los '80, años en que el fenómeno se volvió ostensible al menos para los más advertidos economistas y críticos que iban más allá de la visión de corto plazo y de las euforias temporarias que a cada tanto otros sermoneaban con la gran capacidad de recuperación de los EE.UU. para doblegar y salir de las depresiones.

- *Industria de la microelectrónica:* nacida como norteamericana sin lugar a dudas y habiendo tomado la delantera los EE.UU han declinado en favor de los japoneses que de hecho han establecido un auténtico monopolio mundial sobre los chips de los semiconductores, NEC, Toshiba e Hitachi reinan sin competidores americanos. En el área de las computadoras también su poderío está cediendo paso a los japoneses y en un futuro no muy lejano tanto Apple como IBM deberán aprestarse a librarse severas luchas ya que su participación en el mercado mundial sigue retrocediendo.

- *Industria de aviones comerciales:* la Mc Donnel Douglas, la Boeing y la Lockheed, cargadas de dificultades financieras, han visto aparecer rivales

de su mismo tamaño y con mayor capacidad de captación del mercado. La nueva competencia es la que ofrece el Airbus de la C.E.E. y pronto aparecerá la de los japoneses que tienen ya un diseño estratégico para esta industria.

• *Bienes electrónicos de consumo masivo*: era ésta una industria en la que los EE.UU. no tenían competidores a la vista hacia los 50. En la actualidad han quedado prácticamente eliminados por los japoneses y muy secundariamente por la Philips europea.

• *Industria del acero*: ha quedado rezagada tecnológicamente ya que en el momento en que debió proceder a la renovación por las altas inversiones realizadas en el período anterior mostraron una gran inercia aún cuando hubieran realizado gastos enormes pero mal dirigidos y peor administrados. L. Thurow ("La guerra del siglo XXI" Javier Vergara Editor, 1992) manifiesta que "la historia de la industria siderúrgica no es interesante por lo que dice acerca del futuro del acero sino por lo que dice acerca de la revolución que se aproxima en los nuevos materiales elaborados a pedido, como la cerámica, los compuestos y los superconductores. En el horizonte apunta un nuevo movimiento tecnológico. Pero estos nuevos materiales no serán producidos en EE.UU. a menos que a los norteamericanos les vaya mejor en su carácter de líderes tecnológicos en los materiales del futuro que lo que fue el caso en la función de líderes tecnológicos de los materiales del pasado" (p. 219).

• *Productos de origen químico*: aquí se enseñorean las tres grandes firmas alemanas Bayer, BASF y Hoechst; inversión de grandes cantidades de capital y sólida organización de la creación científica y producción masiva industrial son los presupuestos que no se han encontrado en el caso americano.

• *Productos textiles*: en esta industria tanto los europeos (en especial Alemania, Francia e Italia) como los Chinos han demostrado una mayor flexibilidad de adaptación para abastecer a los consumidores. Los EE.UU. luchan por sobrevivir fronteras adentro ya que en el mercado mundial no figuran. Penetrados por el concepto de producción masiva sin segmentación del mercado y sin tener en cuenta la variedad en la calidad de la demanda de los diferentes consumidores según su nivel de ingreso, los empresarios norteamericanos han quedado produciendo bienes sin calidad ni variedad y con precios que los dejan fuera de mercado. Y aquí se ha comprobado que los bajos salarios no son lo decisivo ya que Alemania por ejemplo paga a sus obreros más que los americanos y sin embargo sus ventas son mayores.

• *Producción automotriz*: el renglón que más tocó la sensibilidad de la burguesía norteamericana en su orgulloso monopolio y que consideraban llanamente como inalcanzables para siempre es el de los *automotores*. En

ninguna otra industria como en esta se manifiesta de manera tan patente. Su declinación productiva considerando que fueron los "inventores" de la producción masiva de un bien semidurable y que ellos a su vez habían arrebatado la delantera a los europeos a principios de este siglo. Además es una industria con una gran capacidad de demanda de acero, aluminio y caucho, por lo que su decaimiento en el mercado interno e internacional afecta directamente a esas industrias. En este rubro hoy y a pesar de que hace años las tres grandes (General Motors, Ford, Chrysler) están introduciendo técnicas productivas, de gestión y marketing tomadas de los productores japoneses no los han superado y las mejoras no han resultado eficaces. Por lo que las mejores fábricas norteamericanas no son tan eficientes como las mejores japonesas, pero las peores norteamericanas son, eso sí, mucho peores que las peores japonesas.

Esta industria por su poder demandante de acero, aluminio, caucho y partes eléctricas, es de gran importancia porque al detener su crecimiento o incluso bajarlo, induce a la recesión de aquellas con lo cual agrava el desempleo afectando la demanda de consumo en los EE.UU.

• Y por último la industria de *máquinas-herramientas* la que ya a mediados de los '80 estaba comprobadamente por detrás de los japoneses en precios, variedad y calidad. El retroceso en esta industria tiene a su vez importancia porque arrastró una variada gama de otras que dependen de ella: relojería, aparatos de precisión, motores eléctricos, grandes camiones para obras públicas, bulldozers, tractores, vagones de ferrocarril y omnibus. Esto es lo que llevó a una pregunta angustiada y a una respuesta categórica a Thurow en la obra ya citada "es posible tener una fabricación de categoría mundial sin máquinas-herramientas de jerarquía mundial? No!" (pág.*232).

Por primera vez en su historia la burguesía norteamericana se plantea, ante el reto exitoso de sus rivales, una comprensión global de su crisis de largo plazo e incursiona hacia formas explicativas que cuestionan el modelo específico de su capitalismo que hasta hace dos décadas le había dado tantos resultados y que hoy ya no alcanza para mantener su posición de potencia económica. Sobre todo porque persistiendo en los moldes antiguos más tarde o más temprano la llevará a decaer también en su rol de potencia militar.

Panorámicamente hablando la forma del capitalismo americano estrechamente en su faz económica se ha basado en: 1) una agresiva burguesía individualista apoyada en la explotación tanto extensiva de sus recursos naturales como intensiva de la mano de obra; 2) una obsesiva finalidad maximizadora de la ganancia rápida sin mayores limitaciones de explotación de la fuerza productiva laboral; 3) el estímulo constante del consumo opulento de gran parte de su población, en particular de su franja más pudiente (lo que J. K. Galbraith ha llamado la cultura de la satisfacción

denominando a esos estratos como subclase funcional de los satisfechos, y que ya fuera anticipadamente considerada con una mirada profunda pero absolutamente despectiva por Thorstein Veblen en su obra pionera “Teoría de la clase ociosa” hacia fines del siglo pasado); 4) desde el punto de vista técnico una insistencia abrumadora en desarrollar tecnologías de los productos, por encima o llanamente desconociendo, lo que se comienza a conocer como tecnologías de los procesos productivos que apuntan al largo plazo y a la consideración del consumidor no como fuente de nuevas explotaciones para la ganancia fácil sino como origen y destinatario de la riqueza social, que además produce un excedente reinvertible en manos de los empresarios bajo control del Estado y de los usuarios; 5) una relación organizativa entre capital y trabajo supeditada a formas excluyentes de la gestión y de los procesos en su conjunto que descartan toda participación. Ocurre ahora que el tan conocido autoritarismo salvaje y casi esclavista del capitalista americano con su característica de maltrato y de dueño absoluto de vida y estancias dentro de las corporaciones se está demostrando ser mal “asignador de los recursos y peor utilizador del elemento primordial de la producción: el trabajo humano”.

Podría decirse que el viejo modelo americano con todos aquellos “defectos” del corto plazo y la concepción estrecha ha derivado en las desventajas competitivas actuales en que, cuando menos, el capital fijo actúa como un freno a más y mejores inversiones; han surgido nuevas líneas de producción con una mayor rentabilidad promedio que las “viejas” existentes y ha dado lugar a la expansión de empresas de producción que aprovechan costos menores en otras regiones fuera de los EE.UU.

Y como un proceso de autoconciencia de sus fuerzas y de sus límites actuales la burguesía norteamericana ha empezado a darse cuenta de dos aspectos cruciales: el primero de ellos es la necesidad de establecer un verdadero programa defensivo industrial, que ponga en caja a los “vikingos financieros” concebidos como salteadores del esfuerzo económico del país y reorientarlos hacia la producción, incluso obligándolos a una mayor asociación entre finanzas e industria poniendo aquella al servicio de ésta y no al revés como hasta ahora; “el desafío que nos aguarda no es el de la competitividad, como se lo suele definir. El desafío es mantener una sociedad coherente” (Roberto Reich, “Los Angeles Times Syndicate del 5-11-91, reproducido en Clarín del 6-11-92); el segundo es la formulación de un plan estratégico nacional de largo alcance abarcador del comercio mundial y de las relaciones internacionales en materia militar y política, algo de lo cual ha comenzado a perfilarse con las proposiciones políticas y económicas de la administración de Bill Clinton.

Los norteamericanos no están ya en condiciones de obligar a sus rivales a que desempeñen roles subordinados en función de sus propios intereses,

pero pueden hacer valer aún esos intereses imponiendo restricciones y limitaciones, algo así como aceptar que si los demás quieren brusquedades y sacudidas en el mercado mundial tendrán respuestas bruscas y sacudidas. Parecería, pues, que la burguesía americana se dispone a dar batalla ya no al enemigo archidiado del comunismo ante lo cual todos sus aliados debieron subordinarse bajo su política global, sino ante sus pares del propio campo capitalista.

Algunas hipótesis prospectivas

A la luz de los conceptos que hemos expuesto en las páginas anteriores pueden elaborarse de manera sucinta una serie de ideas o hipótesis no conclusivas sino más bien abiertas e interrogativas.

La situación de decadencia, además de tener origen en aspectos estructurales de la economía norteamericana incentiva grandes rivalidades entre las distintas fracciones del capital y los intereses políticos, en cuanto a planes y fines, plazos y estrategias, para salir de la crisis y hacer que los EE.UU recuperen su posición hegemónica global en el mundo. Sin embargo, por todo lo antedicho, y dados los condicionamientos que ofrece su actual *forma productiva* es harto difícil que esto se alcance de modo rápido y vigoroso, si es que alguna vez se alcanza.

Para los EE.UU (y esto con seguridad repercutirá en todos los mercados del mundo) sonó la hora del ajuste de sus políticas estatales. El programa de la nueva administración así lo ha comprendido y lo ha iniciado, desmintiendo de inmediato sus redentoras promesas electorales.

La búsqueda afanosa se vuelca en el corto plazo por estrechar las cuentas fiscales, de manera que se obtengan fondos para el fomento de la Inversión y el empleo; habrá un leve recorte de los gastos militares cuya cuantía no se ha podido siquiera estimar por las luchas que ya se han desatado entre los lobbies para no perder proyectos. Como complemento de lo anterior se despedirán agentes públicos, aumentarán los impuestos que castigarán a la clase media, aquella que en la campaña se dijo que se protegería eliminando gravámenes y que ha sido olvidada en sus primeras medidas.

El resto de las acciones domésticas adoptadas harán el pretendido tránsito hacia la recuperación más oneroso y pesado para la población. Las corporaciones han dispuesto hacer pagar muy caro al pueblo sus políticas de reactivación capitalista.

Y en cuanto a aspectos más generales lo que puede decirse es que la tendencia fundamental de los procesos económicos futuros tanto para la producción como para la circulación del capital mundial, pasarán más que hoy, o que en el pasado inmediato, por las relaciones entre los cada vez

mayores conglomerados y holdings financieros de los tres bloques principales del mundo. La periferia capitalista subdesarrollada, en esta perspectiva, quedará cada vez más marginada dando lugar a un agravamiento de la situación de desigualdad económica y social en sus fronteras internas.

Vivimos bajo una verdadera tendencia a la globalización de los diferentes mercados locales y nacionales en mercados regionales (NAFTA; CEE; Japón y el sudeste asiático) que bajo la égida de las gigantescas corporaciones monopolistas asistidas y respaldadas por el Estado que supera su carácter de entidad política tradicional, reguladora del espacio geográfico y económico, organizan a escala global la libre circulación y especulación del capital.

De cara al siglo XXI y teniendo presente las actuales formas de luchas comerciales y monetarias, los grandes holdings de los tres bloques en disputa, desarrollarían sus rivalidades no por los mercados de la periferia subdesarrollada para obtener ventajas monopólicas de abastecimiento o provisión de materias primas de origen agropecuario y minero, como lo fue en la época colonial y de dependencia económica, sino más bien en torno de procesos tecnológicos y científicos buscando ventajas diferenciales y liderazgos productivos. Podría así suceder que las bases económicas de posibles enfrentamientos militares o de intentos de resolver estas disputas por vías violentas no encuentren su razón en aquellas viejas causas sino en las que surgen de la nueva situación de los proceso tecnológicos de producción y comercialización.

O sea que lo que fuera el reparto del mundo por la posesión de mercados y ventajas monopolistas de viejo cuño, pasaría a desplazarse hacia luchas despiadadas en el apoderamiento de nuevas formas monopólicas sobre patentes, procedimientos tecnológicos y mercados de demanda cautivos dentro mismo de las regiones o bloques en pugna. Las modalidades de violencia mafiosa, confrontaciones sordas o atronadoras (por ej. escándalos políticos y económicos de las administraciones y de los partidos políticos) junto con un mayor aumento del bandidaje industrial, etc. pueden llegar a adquirir niveles antes desconocidos e impensables. Las guerras localizadas y el militarismo como rama que es de la economía capitalista manifestaría una tendencia a adquirir proporciones alarmantes en lugar de disminuir como se suele pronosticar.

El incremento de la socialización de los procesos de producción y el abrumador dominio en ellos de la ciencia aplicada y de la tecnología de última generación, parecen destrozar si cabe el término, las formas tradicionales de relación entre la propiedad privada del capital sobre la producción y la sociedad y el trabajo como medio de producción y distribución del excedente social.

El rol del Estado como actor decisivo de la economía y sus políticas

macroeconómicas se reforzará y adquirida nuevas dimensiones, no sólo ante las crisis cíclicas y recesiones, sino como un inductor y sostenedor, en el largo plazo, de la inversión, el desarrollo y el nivel de vida de la población. Tal lo que puede inferirse de las actitudes, planes y estrategias que el Estado norteamericano está tomando como concentrador y administrador general de su burguesía monopólica y como producto de la crisis.

Su rol ha adquirido ya características estructurales para el funcionamiento del sistema capitalista, no provisionales y exógenas como a principios de este siglo. La utilización capitalista financiera del mismo por parte de las grandes burguesías aún siendo una especie de resolución negativa de los antagonismos sociales y económicos de la sociedad burguesa, parecería despuntar hacia formas socioeconómicas que están más allá del mismo sistema y lo superarían. Las condiciones estructurales en el sentido histórico pero también económico para el desarrollo de la crisis general del capitalismo no sólo no habrían desaparecido sino que más bien se podrían desarrollar en toda su magnitud.

1. Utilizamos el término neoliberalismo económico, para diferenciar de las significaciones más habituales que se realizan en la literatura política y sociológica de los centros académicos y publicaciones en general de otros países, las que aluden a neoliberalismo como una versión actualizada del viejo liberalismo sostenida por el partido demócrata y tendría sus mentores más conspicuos en R. Reich y Lester Thurow; reservándose el vocablo conservadurismo para las posiciones de los republicanos. El ultroliberalismo a la Friedman, que es la tercera acepción se acercaría más a nuestra significación.

Buenos Aires, marzo 1993

Textos consultados

- Thurow, Lester: *La guerra del siglo XXI*, Javier Vergara ed. 1992.
Galbraith, J.K.: *La cultura de la satisfacción*, Emece ed. 1992.
Frank, A.G.: *La crisis mundial*, Bruguera ed. 1989.
Abalo, Carlos. "La reconversión y las mutaciones de largo plazo en el capitalismo", Cuadernos del Sur Nº 13, 1991.
Durand, Maxime: *¿Adonde va la crisis?*. Cuadernos del Sur nº 14, 1992.
Brenner, Robert: *Las raíces de la decadencia económica de EE.UU.* Brecha Nº 1 y 3. 1986-1987.
Borón, A. y Godínez V.: *Entre Roosevelt y Reagan: contenidos y límites de la alternativa neoliberal*, Cuadernos de CIDE, 1983.
Solari, Andrés: *El "ofertismo" y la política económica de Reagan*, Teoría y Política nº 9, 1983.
Buster, Gustavo y Lebranc, Paul: varios artículos en Inprecor para América Latina, nos. 21, 22, 28 y 29. 1992-1993.